

La espuma de los días

Una gran batalla de los Antisolemnes

José de la Colina

En la vidita cultural mexicana los años sesenta fueron los de la Antisolemnidad, es decir, los de guerra contra aquello que Lichtenberg definió como “una seriedad fingida que resulta en una parálisis moral de los músculos faciales”. Estar en el bando de la Antisolemnidad era, en principio, mantener una actitud liberadora y saludable, pero su ritualización en moda, en nuevo fanatismo, la iba haciendo fastidiosa.

Una de las “batallas de Hernani” de los Antisolemnes se dio durante la exhibición en el Cineclub del IFAL (Instituto Francés de América Latina) de un film de Nicholas Ray: *Johnny Guitar*, un wéstern romántico, delirante, lírico, casi surrealista, en el que, como por llevar la contraria al género, los hombres dirimen sus pleitos con palabras y las mujeres lo hacen con revólveres. Escogido y presentado por José Luis González de León, director del cineclub del IFAL y miembro de nuestro grupo Nuevo Cine, tal film, amado por casi todos nosotros, encontró no sólo la silenciosa reprobación del público habitual del IFAL, que no podía comprender que en el templo mismo de la cultura francesa en México se diera poco lugar al *cinéma de qualité*, es decir, a los films de Duvivier, Carné, Jovet, Fernandel, Gérard Philipe, etcétera, mientras se prefería pasar tanto cine norteamericano de género, y ahora por añadidura ¡un wéstern!, sino que además provocó la estruendosa burla de Sergio Pitol, Luis Prieto, Carlos Monsiváis, el reconocido triunvirato de campeones de la Antisolemnidad, quienes, llegados a la cafetería María Bárbara, donde preparábamos el próximo número de nuestra revista, fueron invitados a la exhibición.

Johnny Guitar, que desde luego no era un epítome de lógica, sentido común, verosimilitud de los hechos o las psicologías,



pues en realidad bajo su carácter genérico de wéstern alcanzaba los esplendores del melodrama y del cuento de hadas, más una insinuada fábula antimacartista, les resultó a los líderes de lo Antisolemne una ocasión propicia para hacer una manifestación más de su celebrado *sense of humor*, y si durante una media hora le habían concedido al film la gracia de pasar por la pantalla sin más que alguna gracejada, alguna risita ostentosamente sofocada, lanzaron su más explosiva risotada durante la ciertamente barroca y desmelenada escena en que Joan Crawford, vestida con una blanca *robe de soirée*, recibía a un tropel de linchadores tocando al piano la balada leitmotiv del film; y desde entonces no pararon de escandalizar estallando en enormes carcajadas, palmeándose mutuamente las rodillas y comentando burlonamente en el tono más alto cada escena, cada plano, cada diálogo del film, creyendo que todos compartiríamos la agudeza de su ingenio.

En su disfrutable libro ensayístico *El arte de la fuga* ha dado Pitol su versión de

los hechos presentándolos solemnemente como una hazaña de la “pugna entre solemnes y antisolemnes [que provocaba] tensiones en ciertas esferas”, como una gloriosa batalla contra “la furibunda intolerancia de aquellos cinéfilos beatos” y contra la solemnidad de un público que, exagera Pitol, “nos insulta y exige que se nos expulse de la sala”. Pero, en realidad, al encenderse las luces tras el final de la proyección, los de Nuevo Cine sólo reprochamos a nuestros amigos la lata que nos habían dado estorbándonos el disfrute cinefílico. En cuanto a los “insultos” no los hubo en la discusión, ciertamente acalorada, con los amigos del “movimiento antisolemne” (y es que en verdad los queríamos). Y sólo recuerdo un insulto dicho caballerescamente por Jomi García Ascot a un antisolemne espontáneo que, sentado atrás, lo había ensordecido con rebuznos de cómplice hilaridad: “He tenido mucho gusto en oírle durante toda la película, pues por fin sé cómo es un perfecto imbécil”. **u**